

rió el caballo, el general se salvó y despues de algunas horas de inmovilidad á causa del accidente, levantóse con pena, y él que apenas podia mover las piernas casi gangrenadas, anduvo algunas leguas á pié, hasta llegar á una ranchería en que reconocido, se le facilitó caballo para incorporarse á la primera partida de sus tropas derrotadas. Su salvacion pareció sobrenatural.

¡La Gloria lo guardaba para el cadalso! ¡Aquel héroe ilustre no debia morir hecho pedazos en el oscuro fondo de una sima, sino en el pedestal grandioso de los mártires, para honor de su patria y vergüenza de sus verdugos.

Este reves espantoso llegó á hacer creer en el aniquilamiento del ejercito del centro, y en la muerte de su jefe, y tan triste noticia como era de suponerse, causó una penosa sensacion al gobierno nacional. El Presidente de la República ¡coincidencia de doloroso recuerdo! escribia á un republicano desde el Paso del Norte y con fecha 13 de Octubre, es decir, el mismo dia en que eran hechos prisioneros Arteaga y Salazar las siguientes palabras: *veo con satisfaccion que aunque en*

Tacámbaro sufrimos un reves de los que son comunes en la guerra, vive nuestro ejército y vive su jefe lleno de entusiasmo, para seguir la campaña y vengar el descalabro de Tacámbaro. Bien: siempre que tengamos jefes y soldados de ese temple, y que no se abatan por los reveses y por los sufrimientos, México no ha de sucumbir! (1).

¡Ay! á la misma hora, tal vez, en que el primer magistrado de la Nacion escribia las anteriores líneas, el heróico general caia en Santa Ana Amatlan en poder de Mendez. ¡Amarga ironía del Destino!

Continúo mi narracion:

Dos meses y medio habian pasado apenas. Las pérdidas de Tacámbaro no podian repararse facilmente. Riva Palacio procuró reorganizar con actividad una division. El 1.º de Octubre se le pasó revista en Uruápan. Allá Arteaga determinó poner en ejecucion un nuevo plan de campaña. Dividió su pequeña fuerza en tres columnas, confió el mando de

(1) Carta del Presidente de la República, el 13 de Octubre de 1865, fechada en el Paso del Norte y dirigida al que habla.

una al general Riva Palacio, y ordenó á este marchar sobre la plaza de Morelia para llamar la atencion del enemigo; envió al coronel (hoy general) Cepeda á expedicionar con otra al Sur de Jalisco, y él quedó con la última con el objeto de dirigirse á la tierra caliente.

Algunos dias antes habia nombrado al general Salazar, mayor general de la division. Es tiempo de decir algunas palabras sobre el segundo mártir de Uruápan. Carlos Salazar era un jóven fronterizo, de gallarda presencia, hercúleo, valiente hasta la temeridad, patrióta fanático, liberal sin tacha. Su alma era tan noble, como la de Arteaga, su carrera igualmente honrosa, tambien tenia el cuerpo señalado con las gloriosas marcas del valor y de la gloria. Soldado de la Reforma, habia sido tambien uno de los héroes del 5 de Mayo y del sitio de Puebla, y habia quedado mortalmente herido en el ataque dado por Uruga á la plaza de Morelia, defendida por Márquez en 1863.

Salazar habia sido gobernador de Michoacan y jefe de una division antes de que Arteaga llegase á ese Estado. Algunos pequeños disgustos, y ademas, motivos de salud, habian mantenido al general Salazar alejado algun

tiempo del general Arteaga. Por fin, el amor á la Patria, como era de esperarse, hizo reconciliar á ambos jefes y dándose un estrecho abrazo juraron combatir y morir juntos por la causa comun.

¡Noble general Salazar!

Justamente, dia por dia, un año antes de morir, escribia tambien estas frases: « Yo acepto la partida que la suerte nos depare, la gloria ó la muerte. A esto aspiro con mi corazon, como intransigente hijo de México, y convoco á mis compatriotas y amigos para que á pesar de la distancia hagamos sin cesar la guerra á los enemigos de la Patria (1). » Y tres meses antes de morir repetia en otro documento: « Mi corazon es de mi Patria á ella me he consagrado y por consiguiente, para ella será mi última gota de sangre (2). » ¡La llama del entusiasmo no se apagaba nunca en el alma de estos héroes! He dicho que el general Arteaga habia nombrado á Salazar mayor general de la division

(1) Carta del general Salazar al que habla, fechada el 25 de Octubre de 1864.

(2) Carta del mismo con fecha 25 de Junio de 1865.

recien organizada. Debo añadir que el supremo gobierno lo habia nombrado tambien á solicitud mia, general efectivo de brigada y gobernador del Estado de S. Luis Potosí. Pero despacho y nombramiento no llegaron al Sur, sino algunos meses despues de haber sido fusilado aquel. Tal vez el Presidente firmaba en la misma fecha en que Salazar era cogido prisionero, su despacho de general.

Determinado el nuevo plan de campaña, Riva Palacio partió para Morelia en cuyos suburbios logró penetrar haciendo algunos prisioneros austriacos, despues de lo cual contramarchó segun las órdenes que tenía. Cepeda se dirigió á Jalisco.

Arteaga y Salazar salieron el 9 de Octubre de Uruápan con dirección á Tacámbaro. Méndez con una columna imperialista marchaba en su seguimiento, y al salir de Uruápan las avanzadas de ambas fuerzas se tirotearon en las calles. Despues Méndez siguió á nuestra columna por diverso camino que el que ella traia, pero la alcanzó en Tacambaro, á donde habia llegado el 11. El 12 cayó el jefe imperialista repentinamente sobre los nuestros; pero rechazado, dió tiempo para que la columna

republicana se organizase y emprendiera el camino de Santa Ana Amatlan.

La columna quedó organizada así : marchaban primero un cuerpo de infantería de Michoacan, mandado por el bravo coronel Vicente Villada, luego un escuadron á las órdenes del jóven y bizarro coronel Villagomez, y una seccion de caballería ; en seguida una compañía de infantería de Paracho, mandada por el valiente y honrado Jesus Diaz, despues otro cuerpo de infantería á las órdenes del coronel Francisco Espinosa, y cubria la retaguardia un gefe llamado Solano con una fuerza tambien de caballería y con orden de contener al enemigo.

La noche sorprendió á la columna atravesando todavia la montaña. Se habia oido algun tiroteo á retaguardia. Suponíase que era Solano que se batia, segun sus instrucciones. Poco despues el coronel Espinosa cuya fuerza iba á retaguardia de toda la columna, observó que se acercaba otra á una legua de distancia, alumbrándose con hachas. Creyó, no escuchando fuego ninguno, que era la caballería republicana que habiendo contenido al enemigo, seguia tranquila. Un momento despues se

recibió un parte del jefe de los exploradores, comunicando que el enemigo había retrocedido hácia Tancítaro.

Entonces la columna continuó su marcha sin inquietud y llegó á Santa Ana Amatlan el 13 de Octubre, á las diez, se acuarteló en la plaza y los generales se fueron á descansar á sus alojamientos en el mismo lugar.

He aquí lo que había sucedido: Solano subordinándose había abandonado el camino que seguía la columna y se había marchado por un camino de travesía. El jefe de los exploradores se había vendido y pasado al enemigo. El parte había sido falso.

A las dos de la tarde la tropa descansaba, lo mismo que los jefes. De repente el enemigo salió por las boca-calles que conducen á la plaza por el camino de Tancítaro. Nadie tuvo tiempo de coger sus armas. En vano Salazar resistió por algunos momentos con cuatro ó cinco soldados; tuvo al fin, agobiado por el número, que rendirse prisionero. Arteaga, los coroneles Villagomez, Villada, Perez Milicua, Diaz, Romo, el oficial Gonzalez (incorporado la víspera), y los demas, cayeron prisioneros. No se salvaron mas que el coronel Mendoza

(hoy gobernador de Michoacan), que se ocultó en la misma casa en que se alojó Mendez, y el coronel Espinosa que perseguido por todas partes pudo extraviarse á la vista de sus perseguidores, internándose en el monte, de donde fué sacado por un generoso indígena.

Desde luego comenzaron para los prisioneros los mas horribles tratamientos. Mendez era feroz. No hubo nobleza, no hubo consideracion á la desgracia, ni al carácter, ni á los achaques de Arteaga. Se trató á nuestros héroes como bandidos. Se buscaron caballos raquíticos para el general Arteaga que, por ser obeso, necesitaba una béstia fuerte, y que prefirió andar á pié, mezclado entre los soldados rasos. Pero ni él ni Salazar perdieron un momento el aire de altiva dignidad que es propio de los valientes. El enemigo los ultrajó, pero no pudo doblegarlos.

Despues de que Mendez los llevó á Pátzcuaru, volvió con ellos á Tancítaro, y se dirigió á Uruápan. Allí permanecieron los prisioneros reunidos, los primeros dias. El 20 de Octubre un oficial vino á la prision á entresacar á los generales Arteaga, Salazar, coronel Villagomez, Jesus Diaz (llamado por los soldados

Paracho, por ser nativo de ese pueblo), y el oficial Gonzalez. Todos comprendieron que iban á morir. Ya en la capilla, durante la primera noche, Mendez, por un refinamiento de crueldad femenil, mandó una de sus músicas que tocase en la puerta las sonatas populares que eran agradables á los soldados republicanos como *Los Cangrejos*, y otras. Aquellas nobles víctimas sonrieron al ver esta pequeñez indigna de un soldado.

Al dia siguiente, 21 de Octubre, Mendez mandó sacar á los prisioneros. Arteaga y Salazar salieron abrazados y sin venda, firmes, valientes, como era de esperarse. Los demas seguian.

Se les condujo á un lugar inmundo que está junto á lo que llaman en Uruápan *El Pariancito*. Allí se detuvieron. Salazar arengó á la tropa, victorió á la República y á la Libertad, siempre abrazando á Arteaga, que confirmaba con su mirada y con su ademán las palabras de su amigo, y esperaron en pié y con la mirada fija en el cielo. Sonó la descarga y aquellos dos soldados de la libertad cayeron en tierra, regando con su sangre ese suelo de Michoacan, cuna de tantos héroes y consagrado

ya por tantas glorias. Las demas víctimas cayeron despues.

Pasados algunos momentos salió Mendez de Uruápan con su columna, dejando insepultos entre el lodo, los cadaveres, que aun permanecieron largo tiempo, hasta que algunos vecinos de Paracho recogieron el de Diaz; algunos piadosos vecinos de Uruápan los de Arteaga, Salazar y de los demas.

Tal fué el sangriento drama de Uruápan. ¡Así lo refiere la voz implacable de la Historia!

Se ha querido alegar por algunos la ley de 3 de Octubre para justificar á Mendez, arrojando solo sobre Maximiliano y su gabinete la responsabilidad de tan espantoso hecho.

Ahora bien: arguyendo como si hubiésemos aceptado la ley, claro está que no podia aplicarse retroactivamente. Mendez la habia recibido el 18, ya en marcha para Uruápan con los prisioneros. El general Riva Palacio habia interceptado tambien un correo llevando ejemplares del decreto sanguinario al jefe imperialista, con posterioridad á la aprehension de Arteaga.

Pero nosotros, republicanos, no podemos hacer uso de semejantes argumentos que supondrian una especie de aceptacion de la legalidad de los actos imperiales. Nosotros rechazamos la ley y hacemos solidarios en la responsabilidad del hecho de Uruápan al jefe que lo ejecutó y al monarca y á los ministros que lo aprobaron, y dieron por él las gracias y la banda de general al primero.

Pero es innegable que Mendez, ya demasiado inclinado á los actos sanguinarios encontró un firme apoyo y como la sancion anticipada de su proposito en el decreto de 3 de Octubre *que ha costado tantas lágrimas y que fué el suicidio de la monarquía* como dice Mr. de Kératry en su famosa obra « *Sobre la elevacion y caída del Emperador Maximiliano.* » ¿Quién concibió la idea fatal de este decreto? Si creemos á Kératry, la concibió Maximiliano mismo y aun escribió la minuta de su propio puño. Tras de Kératry se esconde el general Bazaine. Quien sabe si aquella á severacion será exacta. La verdad está hoy escondida entre los pliegues misteriosos del silencio y de la vergüenza.

Pero de todos modos, la responsabilidad del

hecho y de la ley es innegable y la razon humana no puede omitir ese cargo.

Maximiliano mismo sentia el corazon oprimido por el recuerdo del cadalso de Uruápan y estoy seguro de que habria querido arrancar esa hoja del libro de su vida.

La sangre de Arteaga fué el óleo santo con que se consagró el monumento de la victoria republicana.

El imperio estaba herido de muerte desde aquel instante. Es que la sangre mina siempre el pedestal de los que quieren dar solidez con ella á los cimientos de su dominacion. Los pueblos se indignaron por un atentado tan horrible. Los mismos prisioneros belgas, que por un acto de represalias pudieron ser sacrificados, protestaron contra aquella barbárie, con indignacion. Riva Palacio los cangeó despues, contrastando su conducta con la del jefe imperialista.

Pero, ¿á qué decir mas? El ejecutor de un hecho tan espantoso se oculta ya en el sagrado de la tumba. El infortunado principe que le dió su aprobacion ha caido tambien mas afligido por haber sido causa de que se derramase sangre mexicana, como le he oido decir una

vez en su prision de Querétaro, que por la muerte que supo sufrir con serenidad y valor. A un cadalso há seguido otro cadalso y la cólera ha querido lavar la sangre con sangre. La justicia nacional está satisfecha, ¿para qué, pues, nos desataríamos en recriminaciones que vendrian á abrir nuevas llagas, á hacer verter nuevas lágrimas y á revivir ódios que van extinguiéndose? Limitémonos á apelar á la verdad histórica; pero no hagamos soplar el pestilente hálito de la venganza sobre esos túmulos que encierran las cenizas de nuestros mártires.

¡Ah, conciudadanos! que ideas tan amargas vienen al alma del patriota al contemplar hoy los restos inanimados de los caudillos de la libertad!

Parece que se refleja sobre ellos la luz querida de aquellos dias de lucha y de sufrimientos, pero tambien de gloria y de fraternidad en que los buenos mexicanos, los miembros de esta gran familia liberal se mantenian unidos, compactos, enlazados por el doble vínculo del amor patrio y del peligro no pensando sino en el porvenir de la patria, no deseando sino su dicha, no buscando sino la manera de servirla mejor.

Y hoy, divididos, llenos de rencor y de odio deseando proscribirse mutuamente, y apartando de sí la mano que se estrechaba en otro tiempo, en el combate ó en las amarguras de la miseria!

¡Oh! ¿por qué la desgracia nos hace hermanos y la victoria y la dicha nos hacen enemigos? ¿Por qué hoy que nos agrupamos todos, sin distincion de opiniones y de banderías en derredor de los antiguos caudillos, como teniendo vergüenza de presentarnos desunidos ante ellos que nos vieron fraternizar bajo sus órdenes, por qué, digo, no deponemos para siempre nuestras mezquinas pasiones personales, haciendo el juramento de hermandad como una ofrenda al borde de la tumba sagrada de los héroes?

Si no somos capaces de tan fácil sacrificio, bendita sea entonces la adversidad que es la única que nos hace servir bien á nuestro pais. ¿Esa reconciliacion importaria la abjuracion de nuestras ideas y de nuestra independenciam de carácter, ni la dignidad ni el orgullo de un gobierno? No ciertamente. Importaria solo la moderacion en nuestras luchas de familia y la práctica pura de la democracia, la cesacion

completa de los trastornos civiles, la grandeza de la Nacion.

Y no nos detengamos allí, ciudadanos, los que hemos nacido en este pais y nos llamamos patriotas, tenemos una mision mas alta que la de llorar á nuestras víctimas, mas noble que la de vengarlas con el exterminio de sus verdugos, mas santa que la de honrarlos con procesiones, cenotafios y coronas votivas. Tenemos la mision de hacer grande esta patria por la cual murieron, tenemos la mision de hacer de sus sepulcros el pedestal de la grandeza futura de México.

Ahora bien: reunamos todas nuestras fuerzas para marchar á este fin: he aquí un propósito digno de ser formulado sobre los huesos de los héroes que, como dice [Pericles, *no solo han merecido esta tumba en que reposan sino un monumento en el cual su gloria quedará viva siempre que se trate de hablar y de ejecutar.*

Existe en la República una institucion sangrienta y aborrecida, que há hecho derramar á los pueblos torrentes de lágrimas, y que no hemos tenido el valor de destruir: la pena de muerte.

Existe, ciudadanos, un partido en la República que se mantiene proscrito en masa, si bien se han hecho de él excepciones individuales. El dice: que se abstiene; nosotros decimos que en nuestro estado actual lleva la vida del pária, y ni su obstinacion lo honra, ni su proscripcion nos sirve para la felicidad del pais. A ese partido pertenecian los que levantaron un cadalso para Arteaga y para Salazar.

Y bien: no hagamos de los manes de tan grandes hombres unos vampiros, como los de las leyendas del Norte, sedientos de sangre. Los mártires de la libertad son tan generosos, como el mártir sublime del Calvario, y otorgan el perdon á sus enemigos, como la expresion de una suprema venganza.

¡La sangre de los héroes se lava con las lágrimas de gratitud de sus enemigos y no con la sangre de estos!

¡En nombre de nuestros mártires venerandos, no mas suplicios, ni proscripciones, ni venganzas, ni ódio! Si sois legisladores, decretad la abolicion de la pena de muerte; si sois simples ciudadanos, pedidla.

¿No os conmueve ver en esta vasta necrópolis levantarse acá y-acullá los sepulcros que

encierran á numerosas víctimas de los furores de partido? Es tiempo de que cese la tradición del odio y de la venganza. Quizas se extrañe que yo que hace nueve años en la tribuna de la Representacion Nacional, hé pedido cadalsos y sangre, venga hoy á alzar mi humilde voz pidiendo absolutamente lo contrario. La explicacion de esto es sencilla.

En aquella época, la dignidad nos impedia conceder un perdon que se rechazaba con insultante desden.

Lejos de eso, se nos lanzaba á la faz un guante sangriento. Se nos presentaban á la vista los patibulos de nuestros hombres ilustres y se nos amenazaba con levantar otros. Eramos vencedores á medias; ellos no estaban vencidos completamente; aun les faltaba librar la última batalla — la intervencion; — aun les faltaba ensayar su último esfuerzo — la monarquia.

Perdonarlos entonces habia sido una debilidad ridicula. En aceptar su reto y contestar golpe por golpe, habia valor, porque habia peligro.

Pero hoy.... ese partido que luchó con el furor que inspira la desesperacion, está vencido

para siempre, y no pondran ya las armas en sus manos ni el despecho, ni la esperanza.

Los derrotados gimen ausentes de la patria y piden perdon; los párias aquí, desean participar de los goces del ciudadano. Familias infelices deploran en la orfandad y en la miseria la ausencia de los suyos. Pues bien: no recordemos nuestros dolores pasados, sino para aliviar los ajenos y presentes. Alarguemos nuestra mano y hagamos ya de todos los hijos de esta pobre y desgraciada patria, una sola familia de hermanos que se haga respetar del mundo, por su union y por su cultura.

La abolicion de la pena de muerte, el perdon de nuestros enemigos políticos; hé aquí dos plantas de hermosas flores, de perfume saludable, eterno, santo, dignas de sembrarse por un pueblo agradecido sobre la tierra que cubre los huesos de sus mártires.
